

RAZA NUEVA

REVISTA MENSUAL, DE PROFILAXIA SOCIAL
EN BENEFICIO DE NUESTRA OBRA EDUCACIONAL Y FILANTROPICA

AÑO 1

NUM. 1

CARTAGO, C. R., OCTUBRE DE 1935

DIRECTOR:
CESAR OJEDA B.

SUSCRIPCION ANUAL ₡ 3,00
NUMERO SUELTO „ 0,30



¡¡Salvemos la Raza,
empecemos por la cuna!!

IMP. "EL HERALDO"

AÑO 1

RAZA NUEVA

NUM. 1

REVISTA MENSUAL DE PROFILAXIA SOCIAL
EN BENEFICIO DE NUESTRA OBRA EDUCACIONAL Y FILANTROPICADIRECTOR:
CESAR OJEDA B.CARTAGO, C. R.
OCTUBRE DE 1933SUSCRICION ANUAL 3.00
NUMERO SUELTO .. 0,30

En vista de la gran acogida que ha tenido nuestra campaña contra las enfermedades venéreas, y habiendo pedido un sinnúmero de personas algo más efectivo, nos vemos en la obligación de editar esta publicación mensual, que trata de los flagelos más grandes que azota a la Humanidad.

Hemos notado con gran dolor que el peor de los males que hoy existe, es la ignorancia, y especialmente en la cuestión de enfermedades sociales; no sólo las meretrices, los campesinos o el bajo pueblo, sino que una inmensa mayoría de la gente instruída ignora conocimientos sumamente útiles, sencillos y absolutamente necesarios para la profilaxis social.

Nuestra sociedad mantiene dispensarios y policlínicos para combatir sífilis, blenorragia y otras plagas al estilo; pero la obra de divulgación social ya sea oral o escrita, es la que más resultado nos ha dado, debido a la ignorancia e indiferencia de los pueblos en estas materias. Y por estas razones se cumple hoy más que nunca este ciertísimo adagio: *más vale prevenir que curar.*

No iremos contra nadie; no predicaremos credos religiosos o políticos; no vamos contra la religión, por el contrario la amparamos. Tampoco inflamaremos ánimos en ninguna forma, sólo vamos cumpliendo y ciñéndonos fielmente al programa de la institución: ir contra las enfermedades venéreas que están minando la raza.

Trabajamos por la raza, no sólo por los de color blanco, entendemos raza, la familia humana.

¿Es necesaria la educación sexual?

EL objeto de este estudio parece sencillísimo. La pregunta planteada es tan clara: *¿Es necesaria la iniciación sexual?* Se diría que aquí puede aplicarse el anodino adagio que dice: *plantear una cuestión es resolverla*, y que debiera responderse sin titubear: ¡Por supuesto, es menester dar luz, pues que están en juego muy grandes intereses!

Pero las teorías más sencillas se complican al pasar a los hechos. Hallándose uno en la realidad viva, las ideas no pueden estudiarse simplemente de acuerdo con la lógica pura. Es necesario tener en cuenta las circunstancias en medio de las cuales se producen, y las repercusiones prácticas que provocan. Desde estos dos puntos de vista váis a ver cómo el problema que nos ocupa es uno de los más complejos. Veamos, pues, cuáles son las razones que nos invitan a preconizar la iniciación sexual, y procuremos desprender de ellas algunas orientaciones prudentes.

Hasta ahora el problema que nos ocupa venía llamándose simplemente de *la educación de la pureza*. Es bien cierto que estas palabras delatan un campo de estudio y acción muy vasto, y por ello a muchos les han parecido insuficientes para expresar la cuestión en su aspecto más restringido y central, es decir, el estudio de los actos mismos que propagan la vida. Vemos en el ambiente que estas palabras han sido substituídas, para mayor exactitud, por esa fórmula un poco dura, casi ofensiva a los oídos delicados, de *iniciación sexual y educación sexual*. La adoptamos sin agrado.

Ya sabéis cuáles son las razones fundamentales por las cuales debemos dar luz a las almas, prepararlas para las luchas íntimas y los deberes del matrimonio ¡Las habéis oído tantísimas veces!

Mas bien voy a detenerme, con vuestra venia, sobre tres puntos nuevos, los tres de un alcance inmenso y que dan a este problema una actualidad especial.

Primer punto: La crisis de la natalidad. Este mal que inquieta a cuantos se preocupan por el porvenir de nuestro país, tiene por causa principal la transgresión de las leyes divinas que

protegen la propagación de la vida. Estas leyes no os son desconocidas: son dos y constituyen a manera de otros tantos diques destinados a encauzar y proteger al río de la vida en su marcha a lo largo del mundo. «No usarás de la obra de la carne más que en el matrimonio»; tal es la primera ley. Y «cuando realices la obra de la carne no separarás las cargas de los goces»; esta es la segunda ley. ¡Ay! el hombre ha abierto numerosas brechas a estos diques, y el caudal, saliendo por ellas ha dispersado y enturbiado sus aguas. ¡Qué de delitos, qué de enfermedades y desgracias se deben a esta transgresión! ¡No se vulneran impunemente las sagradas leyes que protegen las fuentes de la vida! Y la suciedad de estas aguas alcanza a toda la humanidad.

¡Ah! me explico que una buena parte de nuestra juventud se conmueva en todos los puntos de nuestro horizonte, ante el triste espectáculo que ofrecen a sus ojos esas innumerables cunas vacías, esos desórdenes que son la vergüenza de nuestra sociedad; me explico que haga un llamamiento a todas las personas dignas para restaurar en nuestras ideas y en nuestras costumbres el culto a la pureza, a fin de poblar mejor nuestros hogares y de salvaguardar más eficazmente «el amor y el matrimonio».

Ahora bien, esas alusiones a la ley de la vida, ¿no tienen como causa principal, ya sea una insuficiencia manifiesta de preparación sobre las luchas íntimas de la carne, ya con harta frecuencia una iniciación criminal de los placeres carnales, ya incluso una completa deformación del espíritu acerca del uso que debemos hacer de nuestros miembros? ¡Grave tema de meditación! Si así sucede, ¿no es en verdad necesaria la prudente iniciación?

Segundo punto: Los excesos y desórdenes de los placeres de los sentidos, constituyen, desde el punto de vista social, por las *taras* que producen, uno de los más grandes pecados de nuestros tiempos modernos. Me refiero a esas enfermedades vergonzosas que, en lenguaje corriente, se llaman enfermedades venéreas. Hay innumerables opúsculos en que se da a conocer la extensión y la profundidad del

mal. Casi podría decirse que en los países civilizados la especie humana esta mortalmente contagiada. Muchos de entre vosotros tendréis aún grabados en la mente los cuadros sombríos en que el malogrado Pablo Bureau mostraba en su *Indisciplina de las costumbres*, los desastres que esa enfermedad y esa tara dejaban arraigados indefinidamente.

Dejad que un viejo educador, enfocando ahora la cosa desde un punto de vista particular, eleve un grito de dolor, una voz de alarma. Permitidle decir muy en alto que si los hombres supiesen el mal que con sus excesos y taras causan a las generaciones jóvenes, habrían de considerarse como insignes malhechores, como grandes criminales. ¡Ay, no piensan que nada se pierde en la naturaleza, que la humanidad es una cadena cuyas anillas se transmiten unas a otras, e indefinidamente, todas las vibraciones que reciben o que producen; que la sangre de nuestras venas lleva consigo, a lo largo de las generaciones, todas las noblezas y todas las vergüenzas!

¡Decidme si no es un doloroso espectáculo el que ofrecen tantos pobres niños ¡en verdad inocentes! que llevan en sus frentes pálidas, en sus ojos sin brillo, en su sangre empobrecida o manchada, en su sistema nervioso alterado, las inquietudes todas de sus padres: *Patres nostri peccaverunt. et nos iniquitates eorum portavimus!* ¡Cuán angustioso problema! ¡Todos los desórdenes humanos y sobre todo los que afectan a la propagación de la vida muy en particular, son, a su manera, pecados originales!

¿Podemos, pues, ocultar a los jóvenes las responsabilidades tan grandes que llevan consigo? ¿No corresponde a nuestra caridad para con ello y para las generaciones por venir, el prepararles e iniciarles en el cumplimiento justo y prudente de este deber de sin igual importancia? ¿Confiamos al instinto, a la casualidad de un encuentro con frecuencia delictivo, a no sé qué inconsciente evolución el cuidado de revelar a la juventud el misterio de la vida y los deberes que nos plantea?

Tercer punto: Se habla mucho en estos tiempos de lo que se denomina, de manera un tanto bárbara, racionalización. Entendamos por esta palabra la organización científica de todas las cosas.

Se está elaborando la racionalización científica del trabajo; la racionalización de la higiene se halla, seguramente, más avanzada. No dudemos en decirlo; constituye un progreso. Sí, es útil poner al alcance de todos una higiene mejorada, valerse de todos los medios nuevos de protección que los descubrimientos científicos ponen en nuestras manos; substituir los procedimientos del empirismo de antaño por otros más razonados, más justificados científicamente. ¿No es evidente que, considerando sólo el punto de vista higiénico, nuestros hospitales, por ejemplo, han realizado las más felices y bienhechoras transformaciones?

Pero, ya adivinaréis que quiero decir que, si se trata de una higiene encaminada a la mayor protección posible de la vida humana, ¿no debe ser utilizada para guardar, o volver más santas y puras las fuentes mismas de esta vida?

Hay que reconocer que esta higiene científica aplicada al dominio de la pureza suscita legítimas inquietudes. Por experiencia sabemos que el cientifismo es más funesto cuando interviene en materia de moral. En el delicado dominio de los sentidos, ¿no corre el cientifismo el peligro de sugerir procedimientos un poco brutales, de recurrir a iniciaciones colectivas, siempre peligrosas, de dar excesivo margen a la anatomía y la fisiología, de mantenerse completamente ajeno a lo que hay en nosotros de más noble, profundo y verdadero, es decir, nuestra alma espiritual e inmortal? El cientifismo—no digo la ciencia—que es una desviación de ésta, no se acomoda fácilmente a la fe, y temo que aun concuerde menos con nuestra pureza tradicional. Mas cualesquiera que sean nuestras reservas y nuestros temores, la corriente de la higiene sexual se nos impone. Es un motivo nuevo y apremiante de aportar prudentemente a nuestras costumbres las necesarias iniciaciones.

Por lo demás, si el cientifismo es peligroso y feo, la verdadera ciencia, aplicada sensatamente, puede ser y será un poderoso auxiliar que pondrá su ayuda al servicio de la virtud. Todas las virtudes son hermanas y tienen intereses comunes. La ciencia y la fe, la ciencia y la virtud no pueden ser opuestas ni temerse mutuamente.

Los tres hechos que acabo de citar vienen a sumarse a las razones de to-

dos los tiempos y nos instigan a salir del excesivo silencio y timidez con que hasta ahora habíamos procedido.

¡Cosa extraña! En la familia actual apenas si hay valor para abordar el grave tema de la disciplina en los sentidos. ¡Ello hace que la necesidad de atender al mismo sea más profunda y más extensa que nunca!

Una evolución profunda explica esta anomalía. «En otros tiempos—escribió uno de los miembros más autorizados de nuestra Asociación—la familia, más unida y numerosa, en el seno de cuyo propio hogar se iban escalonando las generaciones, resolvía progresivamente el problema. Dentro de la familia y por medio de la misma, cada edad aprendía la que, de manera natural, debía saber. Por otra parte, en aquellos siglos cristianos el corazón y la lengua eran más simples y la autoridad religiosa y familiar sentíase más segura de sí misma. Podía atreverse a hablar».

Nada más exacto. Hallamos ecos de esta libertad y de este ánimo en los escritos más conocidos y clásicos, como en la *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales, el catecismo de Bossuet, los consejos de Mad. Maintenon, y tantos otros!

Los tiempos han cambiado mucho. La fe se ha debilitado, y no estando segura la autoridad religiosa y moral de ser escuchada, se ha refugiado en una actitud pasiva; su palabra se ha vuelto más reservada. Y esta es la misma causa del silencio de la familia. Además la familia no es, como antaño, el amparo continuo y prolongado de todos los hijos. Al joven le asedian las solicitudes a dejar el hogar. En nuestros días, el jovencito, en su bicicleta, se aleja de los suyos mucho más en un cuarto de hora, que en otros tiempos tras dos horas de camino. Es un símbolo.

Busca fuera del hogar la nutrición de su curiosidad, el escenario de sus juegos, y ¡ay! con harta frecuencia el objeto de sus afectos. Semejante género de vida, concededme que no es propicio a esas confidencias en que el padre, la madre o el abuelo pudieran hacer, en momento oportuno, las revelaciones necesarias y dar los oportunos consejos.

Esta reserva, este abstencionismo ha penetrado profundamente las relaciones familiares. Se ha convertido en ley general, a la sombra de la cual se refu-

gían las conciencias en una tranquilidad absoluta. Raros son los padres que se juzgan llamados a velar por la evolución sensorial de sus hijos y guiarla.

¡Ah! comprenden perfectamente que «la ignorancia no es inocencia.» Advinan, presienten, comprueban las íntimas luchas que su hijo empieza a librar, y acaso las derrotas que sufra. Pero no se atreven a llegar a las cuestiones concretas, a las explicaciones claras, a los consejos debidamente adaptados. ¿Cómo explicarse esta timidez y reserva? Creo que estamos ya tocando el nudo de la cuestión.

El tradicional abstencionismo en que se educaron explica en parte esta reserva. El hombre inicia naturalmente a los demás en la vida, según se le inició a él en su juventud, pero me atrevo a decir que el padre y la madre se rehuyen este deber de una manera más o menos consciente, pero muy real, por lo que tiene de *delicado* y *difícil*. Mi modesto parecer es que debemos reunir sobre este punto nuestras observaciones, estudios, consejos y decisiones.

Sí, es fácil protestar contra la delictiva reserva de los padres, y conjurarlos a romper, por fin, el silencio. ¡Es un tema éste que se presta de tal manera a los efectos oratorios! Mas no vayamos a figurarnos que todo padre es un padre ideal y que todo hijo es asimismo un hijo ideal. Al cabo y a la postre ambos son de carne y hueso, tienen todas las deficiencias humanas, y esta iniciación supone, por una y otra parte, tacto, dignidad, elevación. Tengamos a bien a favor mismo de la noble cruzada que emprendéis no negar *la delicadeza* y *la dificultad* de esta tarea, sin exagerar *la obligación* de la misma.

A fin de exponer claramente mi pensamiento y de orientar discretamente nuestros propósitos, permitidme reunir a continuación, presentados en forma directa, las declaraciones y los temores formulados por algunos padres:

«Temo—me decía uno de éstos—desviar las relaciones que hasta momento me han unido a mi hijo. Revelarle el misterio de su origen, ¿no sería empañar un poco la aureola en que envolvía la paternidad y la maternidad? Además recelo de las preguntas complementarias que pueda hacerme. Si mi palabra mal adecuada provocase en su imaginación representaciones demasia-

do concretas, ¿cuál no sería su enojo contra nosotros?» El mismo añadía: «Créame Ud., no aconseje tan fácilmente a nuestros obreros, a nuestros campesinos, a nuestra misma burguesía que haga esta iniciación. Escasos son los que tengan bastante delicadeza de pensamiento, de tacto y sobre todo que posean fórmulas adecuadas para realizar noble y últimamente esta iniciación directa».

He aquí lo que otro me dijo: «¿Por qué esta fórmula: *Iniciación sexual?* Conserve Ud. la fórmula antigua, más elegante y verdadera de educación de la pureza. La iniciación no puede ser normalmente una medida prevista y ordenada por el hombre. El niño, el joven son iniciados confusamente y a veces con más claridad de lo que se cree por las sordas y progresivas llamadas de este instinto al que Dios ha confiado tan sabiamente, en todos los seres vivos, la propagación de la especie y de la vida.

«Además, se ven sumidos en la naturaleza, en medio de los animales, cuyos movimientos tan poco recatados dan por analogía las necesarias insinuaciones y aun revelaciones.

«Tenga Ud. asimismo en cuenta el mismo medio familiar, especialmente a la hora de los nacimientos, el medio social, sobre todo con los encuentros de los camaradas, los carteles, las novelas y tantos espectáculos, la mayor parte de los cuales son al mismo tiempo tan reveladores y tan peligrosos.

«Tales son las fuentes de las que en todo tiempo el hombre ha extraído las iniciaciones reales sobre el misterio de la vida. Nadie podrá cambiarlo. Además—terminaba diciendo—pregunte Ud. a unos y otros y verá si no ha sido éste el proceso normal de la iniciación en todos. Hay que contentarse, pues, como nuestros padres, con educar a los hijos en la pureza. Pues—añadía—si prevalece su teoría directa de la iniciación, si se aconseja indistintamente y como inevitable consecuencia se practica sin la debida prudencia, será a costa del respeto debido a la infancia, el hogar perderá su carácter sagrado, y la misma atmósfera pública perdería ese pudor que, a pesar de todo, conserva en el mundo una corriente de pureza».

Estas manifestaciones tienen una gran parte de verdad. Nos descubren, por otra parte, las suspicacias de un gran

número de almas y nos invitan a proceder con extrema discreción.

Pero no deben hacernos pasar por alto, por una parte, los males espantosos que los desórdenes sexuales propagan por todo el mundo, sobre todo en la actualidad, y por otra parte de casualidad atribuible, por lo que se refiere a estos males, a preparación insuficiente o a revelaciones criminales.

¿Es posible, viendo los desbordamientos que amenazan la misma existencia de la sociedad, afirmar que no puede hacerse nada, que lo mismo que ayer, hoy y mañana hay que abandonar la iniciación sexual a la evolución inconsciente del hombre, a las invitaciones de la naturaleza, a la casualidad de los encuentros, etc.? Bien sabemos que estas causas continuarán actuando, y su colaboración nos ayudará muchas veces a hacer más fáciles y rápidas las iniciaciones.

Pero sería doloroso y humillante para nuestra pobre humanidad el sostener que el dominio en que brotan las fuentes de la vida haya de ser el único que permanezca cerrado a todo progreso pedagógico y aun científico. Así pues, que se me permita formular, a manera de una profesión de fe, las actitudes adoptadas por la *Asociación del Matrimonio Cristiano*:

1.º Creemos que, sobre este punto, y todos los demás, el examen de conciencia por lo que respecta al pasado y las resoluciones para el porvenir, tienen su debido lugar.

2.º Creemos que la táctica del silencio erigida en sistema o deseada como principio, es una táctica peligrosa y manifiestamente pernicioso para los intereses del niño y de la sociedad.

3.º Creemos que las iniciaciones claras, hechas con el tacto requerido, deben considerarse como una grave obligación que puede imponerse en nombre de la caridad y aun de la justicia, en ciertas circunstancias de la vida, muy especialmente cuando el adolescente se halla en vísperas del matrimonio, o cuando va a verse expuesto a los peligros del cuartel.

4.º Creemos que en el curso normal de la existencia del niño tiene derecho a ser prudentemente iniciado en el problema de la vida y las luchas de los sentidos, y, como quiera que todo derecho supone un deber correspondiente, hemos de afirmar que *alguien* tiene el deber de efectuar esta prudente inicia-

ción. Digo de intento *alguien*. Este varía según los casos.

5.º Creemos que esta prudente iniciación pondrá al niño en guardia contra los malos amigos, guiará al adolescente en la lucha contra sí mismo, preparará al futuro soldado y al futuro esposo para su vida, tan delicada.

El Congreso tomará más adelante los acuerdos precedentes sobre estos puntos.

Y queda ya expuesto aquí por qué estimamos necesaria la iniciación sexual.

Permítaseme, en fin, una aclaración: esta tarea que, como queda dicho, supone una delicadeza infinita de pensa-

miento, de facto, de formulismo, vendría a ser singularmente facilitada por medio de orientaciones o direcciones especiales para cada edad. Expuestas a tiempo a los ojos del niño, del adolescente, del joven novio, del futuro soldado, suministrarían a cada cual alimento oportuno y saludable y orientarían los comentarios inevitables.

Confío en que la *Asociación del Matrimonio Cristiano* nos las facilitará. En sus publicaciones se halla ya este trabajo de manera dispersa. Será un nuevo beneficio sobre los que ya le valen el reconocimiento de todos los países.

Cardenal Verdier

En una zapatería

—Deme Ud. un par de zapatos que no hagan daño a la cabeza.

—No le comprendo, señor.

—Que tengan la suela y el tacón lo más blando posible, porque mi mujer acostumbra tirármelos.

ooo

Ambigüedad

Don Sinforoso Pez Uñas, comerciante en ganado, telegrafía desde el Sur a su mujer:

—Como hoy no hay tren para animales, me embarcaré mañana.

ooo

Entre muchachos

—La primera vez que fumaste te dolería el estómago.

—No, me dolió el espinazo.

—Que raro fué.

—Es que no te puedes imaginar la paliza que me dió mi padre.



VISTA GENERAL DEL SANATORIO CARIT - CARTAGO

TERESA

Experiencias de uno de los médicos en uno de nuestros Policlínicos en el exterior.

Estos cortos testimonios revelan parte del gran apostolado médico y las debilidades e intolerancias de nuestro pueblo. Muchos son los móviles que inducen a las mujeres a la prostitución, el principal vehículo de contagio venéreo. Entre los que prevalecen con enorme fuerza son: la pobreza, el lujo y la ignorancia.

¡Leed y aquilatad, lector!

ALTA, morena, fuerte, con un aspecto de sanidad y robustez engañoso. Jamás habla una palabra, mira con desprecio cuanto ve y un soberbio desdén caracteriza el más sencillo de sus movimientos. Así, aparece Teresa, elegante, aristocrática, huera, con un fondo de serenidad, que la presenta entre las otras, severa, dura, adusta como un bronce puesto en una pajarera.

Viene al dispensario voluntariamente y espera horas largas entre el barullo ensordecedor de las reclusas, sin que una sola vez se sacuda un músculo de la cara, sin que nada pueda cambiar la seriedad amarga de su abstracción concentrada en un profundo pliegue vertical en la frente, la boca contraída, las mejillas flojas y los ojos muy abiertos, fijos en un objeto cualquiera con tenacidad de loca.

Pasa por la consulta como una sombra. Sus ojos expresan dolor profundo unas veces, otras, rabia, odio, amargura y constante decepción. Suelta su negra cabellera, la echa sobre la cara para que le sirva de velo, pero sus ojos brillan allá en el fondo, siempre abiertos, como una perpetua amenaza.

Y sale de la consulta elegante, con un aspecto de dignidad imponente, la cabeza levantada, muda, los ojos quietos, hierática, como una estatua desprendida de su pedestal, que deambulase por entre la repugnante vulgaridad de la chusma dominguera...

Alguna vez habló:

—Atienden aquí a los hombres enfermos?

—Sí, contesté.

La ví muchas veces expiar en las horas de consulta, sentada entre las reclusas, siempre seria, abstraída, dura, perdida en sus ideas.

—No vienen hombres, dijo otro día.

—Vienen a la hora de consulta para ellos, distinta de la hora para la consulta femenina.

Se alejó pensativa.

Días después, en la sala de espera, se oyeron voces, gritos, protestas, risotadas. Que todo esto sucedía a la hora de consulta femenina es casi natural, pero a la hora de consulta para hombres, es muy raro. Salimos. Teresa estaba en la mitad de la sala, imponente, casi feroz, temblorosa, agarraba con una mano la punta de la ruana de un hombre, y con la otra le abofeteaba sin cesar en plena cara. El hombre, tímido, avergonzado, no se defendía. Miraba a los que estaban en la sala con una estupidez de bestia acosada. Era un hombre de cuarenta y cinco años, poco más o menos, con una cara llena de manchas rojizas, de ojos irritados, barba negra y descuidada. Pequeño, fuerte, sucio y de aspecto lamentable. Al vernos, Teresa lo empujó hacia nosotros.

—Este es, dijo, este es el responsable, y no quiere venir a curarse; he tenido que traerlo a la fuerza, doctor, cúrelo, es un borracho, vagabundo y sin vergüenza, es mi marido... Y avanzó para abofetearlo una vez.

El hombre, como un niño, buscó defensa tras del ayudante, movía, su cara de estúpido como si quisiera decir algo, pero las palabras quedaban enredadas en un murmullo baboso incomprensible. Teresa, transformada, acusaba con palabras crueles, terribles, infames. Su pañolón había resbalado de los hombros y la envolvía como un manto, su cabellera negra, suelta, enrojecida ahora por la cólera. Y al verlo entrar a la consulta, por primera vez la ví reír... Una risa de satisfacción, abundante, exquisita, franca. Su boca roja de carnívoro, se abría húmeda y amplia para mostrar dos filas de dientes agudos, blancos, brillantes, entre los cuales la lengua se movía como un borbotón de sangre...

Y cuando el hombre salió, Teresa, dura, silenciosa, seria, volvió a abofetearlo... Para que no olvide el camino de la consulta, le dijo...

ELVIRA

ES el elemento aristocrático, noble y verdaderamente pervertido del dispensario. Su sordo taconeo sobre los ladrillos de la sala de espera y el silencio que allí se hace cuando ella llega, anuncian que ese día vamos a tener media hora de fastidio.

Entra desabotonando sus guantes de piel, saluda con una elegante y estudiada inclinación del busto y una sonrisa burlesca. En el ambiente se difunde un fuerte olor de perfume. Coty? Caron? Siempre un perfume fino y de moda. Mira con repugnancia el banco donde va a sentarse. Abre su bolsa, saca un pañuelo y lo limpia con cuidado. Se sienta, guarda el pañuelo y saca un espejo diminuto, aprieta sobre la frente un mechón de pelos amarillos, lo arregla para que forme casi un círculo, vuelve a apretarlo y alisa otros dos mechones semejantes al primero que caen sobre las sienes. Se quita el sombrero, lo lleva a la percha y vuelve a sentarse. Pasa sus dedos después de humedecerlos con los labios, sobre las cejas, estira los labios para frotarlos con la extremidad del índice, saca pommo, se pone polvos en toda la cara, vuelve a pasar los dedos húmedos sobre las cejas y los labios, alisa las pestañas cerrando los párpados, monta una pierna sobre otra y pide un cigarrillo, suspirando con fastidio...

A una súplica mía, se levanta e inicia una rigurosa inspección. Sus cauchos y hules están marcados, previamente hervidos, sin embargo, hace que se desinfecten una vez más, observa cuidadosamente jeringuillas e instrumentos, los ve hervir, no puede tocarlos porque puede infestarse... Se acerca a la mesa-escritorio, lee en el libro de registros. Protesta de ver allí su nombre...

—Ese no es tu nombre, la digo, tú te llamas... Rápida, pone su mano perfumada sobre mi boca.

—Bueno, bueno. Para todos soy Elvira... Pero esa palabra?

—Es el diagnóstico de tu enfermedad.

—Herreroso... Eso no puede ser. Van a publicar esos apuntes?

—No.

—Bueno, bueno. Y ríe a carcajadas. Quiere volver a sentarse, busca la bolsa, pero le advierte que es necesario cortar la escena, el tiempo pasa y

son muchos todavía los exámenes que debemos practicar.

—Ah... Bueno, bueno. Se quita el sobretodo, lo lleva a la percha, despereza sus brazos y nos obliga a volver la espalda a la mesa de examen mientras ella sube. Una vez allí, se inicia una lucha, no, no es lucha, es un juego sostenido por ella con perversidad y por nosotros con fastidio y rabia muchas veces. Se defiende como una gata, tira pequeños manotazos al aire, sacude los pies en todas direcciones, se retuerce; revuelca el cuerpo, protesta, ríe, llora, suplica... De pronto se aquieta... Ha sacado, no sé de dónde, espejo, lápices, pommo, e inicia una pintada de las cejas, pestañas, párpados, mejillas, labios. Termina el tocado, pide un cigarrillo y de nuevo vuelve a la protesta:—«Quieren tratarme a mí como tratan a las otras... Eso jamás... Sifilitica, pero puedo tener yo ese mal que es el de las mujeres de la calle? No saben Uds. quién soy yo? Voy a quejarme a las autoridades...

—Las autoridades te han mandado a este lugar.

—Sí, pero para que me traten como a gente decente, no como tratan a las otras... Me quejo, me quejo.

Llena de caprichos y curiosidad mal sanos, un día trajo a la consulta un frasco de agua de colonia para que se le pusiera a su lavado. El ayudante intentó romper el frasco, pero yo refrené tanto de la ocurrencia, que aquél acabó por vaciarlo sobre los mandiles sin dar a Elvira explicación alguna.

—Y yo podría infectar así a quien se me antoje?

—Naturalmente.

—Bueno, bueno... Lo que yo quiero hacer...

—Una infamia.

—No, una venganza.

Y explica: Tuve un novio, me abandonó, se burló de mí. Hoy es feliz. Antes, me despreciaba, ahora he visto que desea volver a mí. Si yo pudiera...

—Una verdadera infamia. Debieras estar con las reclusas.

—Vengo voluntariamente y para las voluntarias no hay prisión...

—Pero debiera haber para las perwersas como tú.

Elvira ríe y calla.

Cuando ha terminado el examen, se sienta y en la mesa-escritorio vuelve a principiar su tocado. Polvos, pomos, lápices, cepillos, peñillas. Mientras tiñe boca, ojos, cejas, mejillas, charla

con una gracia que nos hace olvidar que muchos enfermos esperan todavía...

Ha terminado su nuevo tocado. Lleva ambas manos a la nuca, estira las piernas, pide otro cigarrillo y ríe a carcajadas.

Cómo es bella esta mujer con su belleza postiza, verdadero disfraz de la verdad tocada por el más repugnante mal. Cejas, dos trazos perfectos, ojos negros, brillantes, enormes, boca fina, roja, nariz respingada que sube sobre una ligera sombra llena de misterio y atracción. Pelo oxigenado, orejas pá-lidas perfectas como modeladas en cera.

Vuelve el cuerpo para alcanzar su sombrero, lo ajusta en la cabeza y una

vez más insiste en un nuevo tocado. De ver nuestro fastidio ríe y abre los brazos como para exigir que alguien le ponga el abrigo. Yo, para verla salir pronto, le pongo la prenda. Da las gracias, alcanza su bolsa y se despide con la misma inclinación de busto que hizo al llegar y con la misma sonrisa de burla. Sale abotonando los guantes de piel.

Su taconeo sordo sobre los ladrillos impone silencio en la sala de espera. Por donde pasa deja un suave olor de Coty, de Caron, de qué? Para mí es de perversidad malsana y peligrosa...



SANATORIO CARIT - PABELLON DE MUJERES

Consejos útiles para la dueña de casa

Si pone un pedazo de pan en el agua en que se cuecen verduras verdes les quitará el olor.

—Para evitar que el queso se ponga húmedo, se coloca un pedazo de azúcar dentro de la quesera.

—Si se envuelve el queso con papel mantecoso, humedecido con vinagre se conservará fresco durante un largo tiempo.

—Para que la jalea se solidifique con más rapidez se le agregará una cucharada de sal al agua en que se coloca para enfriarse.

Si se le agrega una o dos claras de huevo a la crema de leche, se aumentará considerablemente.

—La leche no se quemará si se enjuaga la cacerola con agua fría antes de verter la leche dentro de ésta.

—Cuando las cacerolas, sartenes y cucharillos de cocina tienen manchas que no pueden quitarse fácilmente, se pasarán con un poco de tierra.

El olor a cebolla se quita de los cuchillos, frotando la hoja con sal y enjuagándola después con agua fría, o bien clavando la hoja en la tierra, aunque sea en una maceta si no tiene huerta o jardín.

—Los corchos tapan perfectamente como los tapones de cristal, si se bañan previamente en aceite hirviendo.

—Siempre que haya que manejar verduras o frutas que manchen los dedos, conviene frotárselos con grasa, porque así se quitan las manchas con más facilidad.

—Una cucharadita de vinagre da un gusto excelente a las salsas y guisos; también hace más tierna la carne.

—Antes de cocer un huevo con cáscara, se frota con sal húmeda a ésta. La sal impide que se salga la clara. O bien un puñado de sal o una cucharadita de vinagre en el agua en que se cuecen.

TRANSITO

I—FASTIDIO

AL salir del dispensario, todos los días me aguarda en la sala de espera una mujer, que, al verme, se adelanta hacia mí, para formularme esta invariable pregunta:

—Cuándo estará buena Tránsito?

—Pronto, contestó, invariablemente también.

Pero la mujer no queda satisfecha, hace mucho recibe la misma respuesta y ella se fastidia.

—Pronto, repite, hace tanto estoy esperando...

Al día siguiente, la misma pregunta, la misma respuesta. La mujer no oculta su fastidio.

Un día sale conmigo resuelta.

—Señor, dice ya en la calle, necesito que Tránsito esté ya buena, desde que enfermó, poco a poco, ha llegado a casa la miseria, el hambre... Hace días no tenemos pan, mientras esté enferma sus hermanos, yo y ella vamos a morir de hambre... Y la mujer, con cara de fastidio, sigue tras de mí lamentándose de su miseria.

—Pero, en fin, acabo yo por preguntarle, qué eres tú de Tránsito?

—Su madre, señor...

Y como si estas palabras hubieran herido una fibra noble de su ser, se detiene sorprendida... Después corre, me alcanza, me detiene, y con su cara de fastidio repite: es la necesidad, señor, la miseria, el hambre... Y queda ahí clavada en la mitad de la calle, indiferente a cuanto pasa por allí...

II—DESESPERACIÓN

—Estoy mejor? Pregunta todos los días Tránsito antes de salir.

—Mejor, contesto.

La tristeza más amarga descompone sus facciones. Levanta una mano y con

el índice extendido, me hace señales negativas: nó, nó, nó, repite en voz baja, se sienta en la banqueta, cubre su faz con ambas manos y llora, presa de la más inexplicable desesperación...

—Acaso no quieres curarte? Pregunto.

Pone su índice sobre la boca para indicarme silencio y huye...

Cuando la mujer me dijo la causa de su fastidio, yo no quise preguntar a Tránsito si deseaba curarse.

—Sé por qué no quieres curarte.

—Sí, replicó, no quiero volver a la vida que antes llevaba, no, es triste, es horrorosa, es indigna, es infame... Nó, nó...

Reflexiona un momento, extiende sus manos crispadas y exclama: imposible: mi mamá, mis hermanitos... Imposible, imposible...

—Trabaja.

—Sí, es lo que quiero. Y huye ahogada por el llanto.

III—MELANCOLÍA

—No debes volver antes de dos meses. Tránsito, ahí está la boleta de sanidad.

Tránsito hunde la cara entre las manos, inclina la cabeza y llora. De pronto se levanta, soberbia, imponente, y grita:

—Dígale que no me curaré nunca, nunca, dígame y me señala la puerta de espera. Vuelve a sentarse, hunde la cara entre las manos e inclina la cabeza, perdida entre el abismo de una infinita desolación.

Salgo. La mujer lo ha oído todo. Cuando me acerco a ella levanta la cabeza y muy paso, como si temiera que su hija oyera, me dice:

—Es verdad, sí, así debe ser, sí, lo otro es una infamia... Pero la miseria, el hambre, mis hijos, la vida... E inclina la cabeza, la cara entre las manos, los ojos fijos sobre el piso, perdida en el abismo de una infinita desolación...

SU ALTEZA

El príncipe Salvador pasaba días enteros en la Biblioteca Nacional. Había rehusado el trono de Carintia y se había retirado durante un invierno al convento de los monjes negros de Cernovitz, en donde susurrábase que permanecería para siempre.

Siempre sincero, el príncipe obedecía a sus violentos instintos. En vísperas de pronunciar sus votos había abandonado los claustros dormidos bajo la nieve y a los dos días cenaba en un restaurant de Montmartre en compañía de la Sobrania, una célebre cantante.

El Rey Otón IV, hermano del príncipe, le temía a causa de ese perpetuo desorden de vida y aquella inteligencia inquietante.

Su alteza apasionábase actualmente por los humanistas franceses y el Renacimiento y no salía de la Biblioteca, almorzando a la ligera en algún café de los alrededores, punto de reunión de literatos y bibliófilos.

Allí había trabado relación con un entomólogo, Antonio Denillet, y muchas veces salían juntos, acompañándole el príncipe hasta su casa. En una ocasión, el sabio, para quien su alteza no era más que Claudio Salvat, nombre con que firmaba las boletas de la Biblioteca, le había invitado a ir a ver los insectos de sus colecciones. En el umbral del pequeño departamento del cuarto piso, una esbelta joven vestida con gusto esperaba al sabio.

El señor Claudio Salvat, de quien tanto te he hablado... Mi hija Simona.

El príncipe había admirado varias vitrinas en donde se exhibía una curiosa colección de insectos, y seducido por la quietud de la casa, volvió con frecuencia.

Simona, que había vivido siempre un poco retirada de sociedad se dejó conquistar en seguida por la elegancia de aquel muchacho de ojos azules y cabellos dorados.

Un día el sabio le invitó a almorzar y nunca como entonces gozó el príncipe del encanto de la vida del hogar, dulce, modesta, tanto que llegó a preguntarse seriamente si debía renunciar a todos sus derechos y convertirse simplemente en yerno del entomólogo. Pero un retrato publicado en los diarios impidió la realización de su ensueño. La víspera, su alteza había permanecido

en un cabaret, en alegre compañía, más del tiempo conveniente; pero a las diez de la mañana ya se encontraba en una tribuna de Longchaamps, al lado del presidente de la República, luciendo su deslumbrante uniforme, con el pecho lleno de condecoraciones, y presenciando el paso de las tropas reunidas para la gran revista militar. Los diarios publicaron la fotografía de la tribuna presidencial y al reconocer al príncipe Salvador, todo el mundo trató de averiguar la vida que llevaba en París. Los reporteros revolviéron cielo y tierra y las crónicas, callando las noches de Montmartre, hablaron de las aficiones estudiosas del príncipe, señalando complacidos que su alteza pasaba las tardes en la Biblioteca Nacional. Simona Denillet, como infinidad de personas, leyó aquellas crónicas y no le fué difícil identificar en el príncipe Salvador al señor Claudio Salvat.

Una tarde, su alteza fué como de costumbre a casa del entomólogo; pero no fué Simona la que abrió la puerta. Muy solemne, muy erguido, el sabio saludó diciendo:

Tenga la bondad de entrar, monseñor.

El príncipe comprendió que su incógnito había sido descubierto y toda su alegría se vino abajo.

—Vuestra alteza—dijo el entomólogo, una vez ambos en el saloncito donde se hallaban las colecciones—se dignará disculpar a mi hija. Ha tenido que salir con una amiga.

La voz del sabio tembló al decir esto, y el príncipe más amable y atento que nunca, pidió una explicación de aquel cambio de actitud que le era tan penoso comprobar.

—Aquí—dijo—yo no soy un príncipe real, sino un alumno que viene a buscar las lecciones de su sabio maestro.

—Si, alteza, es verdad—repuso Denillet;—pero debo decirles que, aparte de mis trabajos en entomología, me falta habilidad para muchas cosas. No es hacerlos un reproche; pero, ¿por qué nos habéis engañado? Si no se tratara más que de mí, esto no tendría importancia; pero la niña, mi hija... Al ver la fotografía que publicaron los diarios, dió un grito y se puso muy pálida... Creo que debe haber sufrido intensamente. Ya ve vuestra alteza: mi obra sobre «El amor en los insectos» es célebre en todo el mundo y ha sido tra-

ducida en todos los idiomas... Sin embargo, el corazón de las jóvenes continúa siendo un misterio para mí, algo insondable. Vuestra alteza, más conocedor del mundo, debió comprender el peligro... No es un reproche, no; libreme Dios de hacer ninguno a vuestra alteza pero talvez comprenderéis algún día el dolor que puede sentir un padre en un caso semejante... Mi hija es lo único que tengo en el mundo...

La voz del sabio quebróse en un sollozo que no pudo reprimir. El príncipe Salvador, muy pálido, repuso:

—Señor Denillet: ruego a usted que me perdone. Cuando me hizo usted el honor de invitarme a venir a su casa, yo no era más que un compañero de mesa, Claudio Salvat, un desconocido que se interesaba por la época del Renacimiento. Ningún mal pensamiento me atrajo aquí, se lo juro. Yo ignoraba que tuviese usted una hija. No he engañado a nadie; sólo he entrevisto cerca de ustedes un sueño tranquilo, honesto y puro que, ¡ay!, no podré realizar jamás. Será el recuerdo más

hermoso en mi vida tumultuosa y errante...

Ahora sólo me resta decirle a usted adiós... Despidame de la Srta. Simona. Yo...—El príncipe se detuvo; le faltaba la voz y no sabía qué palabras decir. —Me voy—agregó.—La vida debe ser esto: un trabajo constante, días iguales, una sólida amistad, un gran amor... Y yo no lo tendré nunca! ¡Pobre de mí! No me guarde rencor, señor Denillet, ¿Quiere usted darme un abrazo?... Así se calmara un poco mi pena.

El sabio abrió los brazos y ambos hombres se estrecharon durante unos instantes profundamente emocionados, mientras encerrada en su modesta habitación de soltera, Simona, bañada en lágrimas, pedía a Dios las fuerzas necesarias para soportar tan ruda e inmerecida prueba.

A los dos días, los diarios de Maritzbourg anunciaron la llegada del príncipe. Iba, según aseguraban las informaciones, a ponerse al frente de un partido político cuyo triunfo había de asegurarle un trono.



SANATORIO - PABELLON DEL DR. Y DEMAS EMPLEADOS



LA REVOLUCION QUE NO HA TERMINADO

Las guerras son repudiadas, nadie las desea, porque representan el crimen, la miseria y la perversidad social de los pueblos. Pero hay una guerra que tiene hondas raíces sobre la sociedad y que envilece, mata, es criminal, degenera y comete más horrores que las guerras donde impera la metralla, el cañón o el torpedo. Esta nueva y moderna guerra que asesina a mansalva a niños, a jóvenes, a ancianos, a todos los seres humanos sin distinción de clases, de sexos, de edades y deja el campo tendido de víctimas, sin una Cruz Roja que pueda auxiliarlas, porque el auxilio siempre llega tarde...—

El Alcoholismo y los Accidentes

EL alcohol es culpable de noventa por ciento de los accidentes del trabajo y del tráfico. Esto es otro negro aspecto del alcoholismo, otra base para luchar en contra del fatal vicio en nuestro ambiente.

De las alteraciones provocadas por el alcohol, en los centros nerviosos del hombre se tiene ya una larga y lamentable experiencia. El alcohol es causa de la pérdida de la atención y de la inteligencia, fundamentales para la realización de todo trabajo mental o material, urgente para los trabajos físicos en que haya peligro para los demás. El trabajador alcohólico es incapaz de realizar toda labor seria y es una amenaza para el medio en que se halla.

Las estadísticas nos dan estos datos: en Suiza eran los lunes los días en que se registraban la mayoría de los accidentes de la semana, hasta llegar a ocupar ese día el cincuenta por ciento de la totalidad semanal de los accidentes. Y esto debido a que el domingo era el día en que el trabajador se excedía en el uso de las bebidas embriagantes. Porque el alcohol altera los centros nerviosos—cabe precisarlo—no sólo en el instante de la embriaguez, sino por un tiempo bastante largo que ya en-

tre veinticuatro y setenta y dos horas. Es significativo también que en las fábricas alemanas se haya podido comprobar por medio de cuidadosa estadística que el porcentaje de accidentes es enormemente mayor entre los obreros que beben alcohol.

Los grupos de obreros abstinentes o temperantes al menos, daban una cifra menor, en relación directa con la afición al alcohol. Por esto en Alemania la indemnización para el obrero que se incapacita para el trabajo merced a un accidente, disminuye o de plano desaparece si en el momento del accidente el trabajador se hallaba en estado de ebriedad o sufriendo las consecuencias de una embriaguez anterior. Con esta sanción se castiga el vicio, considerándolo como un delito de culpa. Otro ejemplo demostrador de la importancia que tiene para el trabajo del obrero la abstinencia alcohólica, es la exigencia de las compañías ferrocarrileras de los Estados Unidos: no se acepta ningún empleado que no tenga bien comprobados sus hábitos de abstinencia.

Y sobra razón para todo esto. El maquinismo ha venido a exigir mayor cuidado en el trabajo del obrero. Sobre todo el tráfico tan intenso hoy en las carreteras y en las calles citadinas. Del tiempo de las diligencias al actual los accidentes han aumentado en un noventa y cinco por ciento. Con dejar a rienda a los caballos salvo casos especiales de caminos intransitables, todo peligro estaba salvado: colaboraban el instinto de la bestia y la atención del hombre. Hoy en que el motorista y el chauffeur son los únicos de quienes depende la máquina, la intoxicación alcohólica acarrea necesariamente la catástrofe.

De los accidentes de tráfico que se registran la aplastante mayoría obedece al estado de intoxicación

de quienes manejan. Las carreras nocturnas en las carreteras, las velocidades fantásticas que los vehículos alcanzan en las calles de la ciudad no obedecen a otra cosa sino a la excitación que produce en el organismo del chauffeur el uso del alcohol. La parranda frenética que tiene su final en el automóvil a escape es generalmente la causa de los más espantosos accidentes que se hayan registrado en México. Las observaciones de las comisarías hablan en este sentido elocuentemente; y así como casi nunca se registra un crimen sin que el alcohol haya dejado de tomar parte directa o indirecta en él, puede afirmarse que no hay accidente de tráfico en que la bebida no tome ingerencia principal. Así pues, el individuo que en estado de ebriedad o resintiéndose las consecuencias de una borrachera anterior toma la dirección de un automóvil o de un tranvía, es ya en poten-

cia un suicida y, lo que es peor, un homicida. Se coloca en eminente riesgo de perder la vida y es infalible que la quitará a los que su paso encuentre. Sus centros nerviosos alterados le impedirán salvar los obstáculos que halle en su carrera y respetar la vida de los peatones que queden en su camino.

El mismo progreso en la locomoción va exigiendo más y más la entereza de los nervios al hombre que maneja un vehículo. A la máquina terrestre ha sucedido la máquina aérea más delicada y más peligrosa. El alcoholismo es hoy, por todas estas consideraciones, un verdadero crimen social. La sociedad se verá obligada a combatirlo por todos los medios y a perseguirlo con la mayor energía. El peligro del alcoholismo está en razón directa de la civilización de los pueblos.

M. T. O. H.



Visita mi amigo una agencia de matrimonios, y le dice al agente que quiere una mujer rica, buena, económica y guapa.
—Si exige Ud. las cuatro cosas, se tiene que casar con cuatro mujeres.

Un barbero muy pobre llevaba a los chicos casi en cueros, y tenía siete en

medio de la calle, estorbando siempre.
Un parroquiano le preguntó:

—¿Pero no le dá vergüenza llevar a los chicos casi desnudos, y muertos de frío?

—Claro que me dá; pero nos lo repartimos amigablemente. Yo paso la vergüenza y ellos pasan el frío.



LOS ULTIMOS DE NUESTROS ABORIGENES

El grabado muestra a la izquierda, una india de Boruca preparandó el maíz para la chicha clásica y a la derecha, una anciana centenaria de Térraba acompañada de su familia.

DON SERAPIO

Allá en el sur, (Chile) vivía en su fundo Lomas Bayas, el poderoso hacendado don Serapio Valiente, hombre acomodado de gran reputación y muy severo.

Su estancia era bastante grande, la que tenía varios cientos de cuerdas de terreno regable de rico migajón, además contaba con cerdos y bosques de donde sacaba madera en abundancia y criaba un número considerable en cabezas de ganado, tanto vacuno, ovejuno y caballar.

El señor Valiente era muy correcto en sus modales y costumbres, muy leal y fiel en sus compromisos, y ayudaba a los pobres y era sobre todo muy delicado y justiciero, no admitía el abuso ni el vicio en ninguno de los que estaban bajo su dependencia, ni aun en él mismo. Por esta razón era muy respetado y aun temido de muchos, especialmente de aquellos que eran verdaderamente malos; si solo de verle su arrogante presencia de gran corpulencia y robustez, más su rostro un tanto duro asustaba a ciertas personas.

Su casa era un lindo chalet situado en medio de un hermoso prado, parecía una regia mansión oriental, rodeada de pintorescos jardines, sobresaliendo el más precioso de todos, el jardín de su hogar que descansaba dentro de dicho chalet, adornado por dos delicadas flores. Una rosa, aunque ya empezaba a marchitarse con el paso de los años, conservaba su lozanía y perfume, era su cariñosa y querida esposa. Y la otra flor, una humilde violeta en todo esplendor de la vida, llena de encantos y hermosura; esta era su única hija, que precisamente llevaba el dulce y acertado nombre de Violeta. Esta hermosa flor era el cariño y la gran predilección de don Serapio, quien la amaba con frenesí.

Violeta además de humilde y muy señorita, era una excelente dueña de casa; se levantaba siempre muy

temprano para atender el dormitorio de sus padres y el suyo. Después de esto se peinaba y se aseaba rigurosamente para entregarse al estudio, al bordado, pintura, música, etc.

Ya tenía 18 hermosas primaveras, educada, relacionada y rica, y sin embargo nunca se había notado ni el menor asomo de amoríos con nadie, lo que era muy raro, pues a esa edad las mujeres tienen a veces más de un amorcillo. Esto llamaba la atención hasta del más humilde de sus conocidos.

La propiedad del señor Valiente colindaba con un fundo pequeño, cuyo dueño era un tanto dado a la bebida, y debido a esto desatendía sus obligaciones. Este señor tenía un hijo llamado Félix, de unos 20 años, quien era el que atendía la administración del fundo.

¡«Este joven era el dichoso amante de Violeta!»

Era imposible que un ser humano, hecho a imagen de Dios no amase, cuando todos los seres vivientes hemos nacido con esa herencia, ese poder innato: el amor. Violeta amaba más que a su padre a Félix, el que hacía largas caminatas noche a noche con el fin de entrevistarse con la mujer que amaba. ¡Cuántos no eran los sufrimientos de este enamorado galán; a veces tenía que esperar horas de horas para hablar dos minutos con aquel ángel de felicidad! El frío, la lluvia y otras tantas peripecias, eran el pan de cada noche del pretendiente en cuestión; más él se mantenía impertérrito ante las dificultades.

Así en estas entrevistas pasaban unos dos meses; por supuesto para esta joven pareja era una delicia sobrenatural estos acontecimientos.... Pero estas visitas nocturnas y solitarias son muy peligrosas y ¡cuánto les gusta a muchas muchachas!

Violeta y Félix siguieron sus amoríos en esa forma en medio de gran

felicidad, hasta que una de esas noches ella fué... ¡la mujer de Félix!

Un gran remordimiento se apoderó de Violeta que la hizo derramar copiosas lágrimas: lloraba como si hubiese tenido un año de edad.

Casi la totalidad de las mujeres al ser engañadas lloran mucho; cuando «caen en la trampa» se deshacen en lloros y lamentaciones; pero casi a todas se les olvida muy pronto, y vuelven nuevamente a caer».

Y así le pasó a Violeta. Volvió nuevamente a «caer» sin que sus padres ni nadie se dieran cuenta de lo que pasaba.

Una vez que Félix gustó de la mujer, quiso retirarse satisfecho de su aventura y victoria; y antes de todo quiso ir a ver por última vez. En esta ocasión penetró hasta su dormitorio, donde Violeta dormía tranquilamente. Le costó mucho conseguir el «sí» de ella una vez despierta.

Por una gran casualidad y una rara coincidencia los jóvenes enamorados se durmieron hasta tarde, siendo que tenían la costumbre de levantarse muy de mañana. Don Serapio se admiró mucho que ya eran las siete y su tan querida hija no se había levantado para que tomara desayuno; él no tenía costumbre de despertarla ni de verla nunca en su dormitorio; pero esta vez tenía un gran presentimiento, que tal vez estaría enferma; su corazón se embargaba presa de una gran aflicción, que su idolatrada hija estaría muy mal; quiso mandar a una sirvienta, y pensó que no era conveniente, pues a veces la servidumbre no tiene el debido tacto; y muy despacio se dirigió al dormitorio de su hija para cerciorarse del estado de salud, y con mucho cuidado y el mayor sigilo abre la puerta... ¡¡¡Y se encuentra que su hija, la humilde y candorosa Violeta, dormía con un hombre!!! ¿Quién era aquél infame que burló su vigilancia y más que todo su honor? En ese momento de arrebato, quiso meterle a ese individuo los cinco tiros de su revólver. E inmediatamente recapacitó, y, después de un momento de reflexión

dijo: ¿Qué ganaría yo haciendome asesino? tal vez este joven tenga razón hasta cierto punto, por que yo de otra manera la hubiera negado la mano de mi hija!

Al dar dos pasos más adelante súbitamente despertaron llenos de espanto, Félix quiso huir, y viendo que no tenía por donde salir, se quedó mustio, inmóvil y sumamente avergonzado. A ella le pesaba otro tanto y rompió a llorar amargamente.

El padre se adelantó con gran imponencia frente a ellos y le dice a Violeta con gran amabilidad. ¡Hija mía parece que es hora que se levante y le prepare el desayuno a su esposo!

Ella presa del terror y sin contestar ni una palabra, obedeció a lo insinuado de su padre.

Félix al verse solo con don Serapio le subía la fiebre que le había tomado; más le alentaba y le extrañaba la dulzura con que pidió a su hija que le sirviera el desayuno, más bién dicho era una bella insinuación; pero no dejaba de pensar que había llegado el acabóse de su vida.

El hacendado se dirige a Félix con mucha solemnidad y respeto diciéndole:

—No se levante todavía, la mañana está un poco fría, complázcame que su esposa ya le vá a traer el desayuno, tengo muchísimo placer que Ud. forme parte de mi reducida y apreciada familia.

Así trató el señor Valiente a su yerno, hasta que éste reconoció su falta, y más que todo pagado por la gran benevolencia de su suegro, pudo después de gran esfuerzo hablar.

—Yo soy un infame al haberme burlado de Ud. y haber manchado su honor en ésta forma, pues yo ahora quiero lavar esta mancha con mi propio nombre ¿comprende?

—«Sí».

—Ahora iremos a la oficina del Registro Civil y todo quedará arreglado.

—No hay necesidad, dentro de un par de horas ya estará acá este funcionario juntamente con el cura para casaros.

Y fué una gran sorpresa para todos los conocidos y amigos de la familia Valiente que la boda se hizo sin preparación anticipada. Algunos se preguntaban: los ojos de todos estaban sobre esta señorita, sin embargo nadie sabía de su noviazgo.

Otros celebraban la suerte de Félix. Un rasgo de caballerosidad y prudencia del señor Valiente salvó la situación: un hombre que hizo honor a su apellido; hoy ya es muerto y don Félix Gallardo es el dueño de Lomas Bayas. **Cesar Ojeda**

El siglo de los descubrimientos

Todos los grandes acontecimientos van precedidos por sus sombras: lejano relampagueo anunció la proximidad de una tormenta, y ronc truenos en las entrañas de la tierra son aviso del terremoto. Tal ocurre con todos los gigantescos fenómenos de la Naturaleza, lo mismo que cuando fuerzas revolucionarias intervienen en el curso de la Historia de la Humanidad; así es, nada ocurre que no se le haya anunciado ya al vidente por signos elocuentes tan sólo para él. La caída de Egipto y Babilonia, la muerte del viejo Elías, el cometario apogeo del Imperio de Alejandro el Grande, fueron tan precedidos de señales visibles, como la gloria de Roma o la muerte de la edad antigua. Mas nunca se inició el cambio de una época por sucesos tan inauditos, como el nacimiento de la edad moderna que vino a la Humanidad al toque de los clarines de los grandes descubrimientos y del humanismo, entre truenos y relámpagos, signos fulgurantes en la tenebrosa noche de la edad media.

Ningún mortal podrá explicarse jamás la misteriosa coincidencia de tan gigantescas proezas del genio humano, en los dominios mas diversos; parece como si, en aquel entonces, hubiera descendido sobre la tierra un fluido maravilloso, penetrando en las almas de los elegidos, en la del investigador indomable, en la del favorecido por el divino don del arte, en la del inventor. El audaz Cristobal Colón dió al viejo mundo uno nuevo; españoles, ingleses, y portugueses, compitieron con celo al engrandecimiento del globo terraqueo. El Universo presenta una nueva faz ante el descubrimiento de Nicolas

Copérnico, primero en comprobar que no es la Tierra, sino el Sol, el centro de nuestro sistema planetario. Ciencia y Arte despiertan de un sueño de siglos; las incomparables creaciones de la Antigüedad nacen a nueva vida, se vuelven radiantes modelos del genio creador de una edad de fecundidad nunca habida. Surgen hombres que con las armas de su espíritu, con el arte de sus manos, conquistan la inmortalidad; no uno, sino legiones: Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Ticiano, Rafael, Holbein, Durero, etc., la mayoría verdaderos genios universales, cada una, cuyas cualidades habría bastado por sí sola para grabar sus nombres, para todos los tiempos, en la tabla de lo imperecedero...

¿Cuál es el fruto de la prodigiosa energía espiritual que en pocos lustros compenetra a la Humanidad, que revoluciona al mundo, cambia finieblas en luz y trae vida nueva llena de potente fecundidad? El Hombre, que por primera vez logra romper las cadenas, echar abajo las barreras que lee esclavizaban, elevarse al propio yo, reconociéndose como unidad espiritual.

Cierto, nada nace en este mundo, sin dolor; los más terribles dolores acompañan al nacimiento de la edad moderna. Lo nuevo y lo antiguo luchan con el mayor encono, y, como siempre, también aquí son las reacciones más violentas la consecuencia inevitable de tan grandes desastres. Mézclese ácido sulfúrico y agua; la creencia de que ambos líquidos entrarán tranquilamente en una nueva combinación, es una peligrosa conclusión engañadora: se

calentarán hasta la ebullición, llegando incluso, hasta hacer reventar el recipiente. Así vemos que aquel período de transición del siglo quince, aparece cuajado de violentas reacciones, de terribles contradicciones y contrastes que a nosotros, que ya no vivimos dentro del ambiente y espíritu de aquél tiempo, pueden parecernos hoy incomprensibles. El reverso de la nueva aurora, es la más espantosa y desconsolada superstición; paralela al brillante apogeo del genio creador marcha a una creciente de corrupción moral para cuyos fines son armas comunes y corrientes el puñal y el veneno. Guerras y pestes amenazan, una y otra vez, echar por tierra lo conquistado. En una época que pertenece a las más grandes de la Historia de la Humanidad, la vieja Europa se retuerce en dolorosas convulsiones; los apocalípticos ginetes: Guerra, Hambre y Muerte hacen su amenazadora aparición de un cielo preñado de tormentas. En todos los informes sobre las gigantescas proezas de aquellos tiempos, vibra una nota queda de dolor mundial, como el resignado reconocimiento de que el espumante cáliz de la alegría oculta en su fondo la amarga gota de mirra.

II

Pequeñas causas—Grandes efectos

El mismo año que el viaje del audaz genovés hizo surgir de la inmensidad de los mares un nuevo mundo ante los atónitos ojos de la Humanidad, un cometa, nuncio de peste, apareció en el firmamento, aterrorizando a la supersticiosa gente de aquellos tiempos, tanto más cuanto que, según los astrólogos, la posición de los astros no auguraba nada bueno.

En efecto, la empresa guerrera comenzada el mismo año, tiene que tener para toda la Humanidad una importancia no sospechada por nadie, y mucho menos por el caudillo mismo de la cruzada el joven Carlos VIII de Francia, pues vino a ser

causa de la propagación de una peste misteriosa que durante cuatro largos siglos sembró por todo el Globo la ruina, la desesperación y la muerte. Ironía del destino que una empresa de por sí insignificante, estuviera llamada a poner en marcha cosas de tan aterradoras dimensiones, cual una cerilla arrojada inadvertidamente puede ser capaz de desencadenar el incendio más devorador.

Con la campaña emprendida contra Italia por Carlos VIII, que por lo demás termina lastimosamente sin resultado visible, ocurre lo mismo que con una persona que recibe un golpe en la cabeza y sufre una herida ligera. Al cabo de algún tiempo la herida se ha curado, los dolores han desaparecido, y todo el mundo cree en un restablecimiento completo, hasta que un día, de repente, el aparentemente curado, padece un ataque de espantosas convulsiones, que de cuando en cuando se repite, demostrando que la herida de la cabeza no era sino una señal externa, algo sin importancia, al paso que en el interior del cráneo, se había producido una lesión que trastorna para siempre el delicado mecanismo del cerebro. Tal sucede también con la campaña del joven rey de los franceses. El resultado externo, el militar, es igual a cero; tan mínimo, que al poco tiempo se habría olvidado toda la aventura. Pero su acción insospechada en otro terreno, su papel en la propagación de uno de los más terribles azotes de la Humanidad, es tan evidente, tan claro, que la campaña italiana de Carlos VIII quedará estrechamente unida para todos los tiempos a la historia de aquella enfermedad. La empresa puede compararse en realidad a la cerilla que provoca el devastador incendio: es la causa de la primera propagación de la sífilis por toda Europa.

III

Bajo signos extraños y misteriosos hállanse ya los preparativos para

la campaña de Italia. El rey sigue aferrado a los derechos que le fueron legados por la casa de Anjou, de modo que si no se le entrega voluntariamente el reino de Nápoles, lo tomará por la fuerza. En toda Francia empiezan los alistamientos y cuando en el invierno de 1493-94 empieza a derretirse la nieve, ya ha reunido más de 30,000 mercenarios: franceses del norte y mediodía, holandeses y suizos.

Pero en el campo contrario no se pierde el tiempo. Fernando II de Nápoles moviliza así mismo los tambores de leva, y entre los soldados reclutados para defender el reino figuran muchos extranjeros.

El Rey de Francia reúne sus tropas en Lyon, donde pierde meses. El grano ya empieza a madurar cuando por fin se decide la marcha; por Grenoble, Susa, Asti, Florencia y Siena camino de la «Ciudad Eterna». Las ciudades italianas reciben con los brazos abiertos al rey de los franceses, a sus nobles y a sus guerreros, nadie tiene prisa. Las campanas repican anunciando las fiestas de Navidad, cuando Carlos hace su entrada a Roma. Cuatro semanas enteras dura el descanso en la Ciudad Eterna, parece que al joven rey le resultará harto difícil el tomar la decisión de proseguir el avance. Además, para qué apresurarse? Los cuatro soldados Napolitanos echarían a correr como liebres en cuanto el ejército de Carlos hiciera su aparición ante la ciudad del Vesubio.

Enero de 1495 declinaba ya cuando Carlos consiguió desprenderse de la «Ciudad Eterna». En efecto, se cumplió la profecía del rey francés, pues cuando el poderoso ejército mercenario de Carlos, se acerca a las puertas de Nápoles, comprende Fernando la imposibilidad de hacer frente al avance. Huye, dejando solo unos mil hombres de su ejército en las fortalezas del «Ovo y Nuovo» para al menos no entregar a Nápoles sin lucha.

I V

El sitio de Nápoles

El sol de febrero brilla con todo el esplendor de su belleza sobre el Golfo de Nápoles. En su mágico azul, se despegaba con suavidad la lejana onda.

Gigante hongo de humo sobre la cumbre del Vesubio. Cual cerdosos lomos de prehistóricos monstruos marinos, sobresalen de las aguas, las islas Isquia y Prócida. Allá lejos en la neblina del horizonte, se distinguen los contornos del roqueño coloso de Capri. Allá en el norte, furiosos vendabales azotan los pelados bosques y helado manto de nieve mantiene a la tierra sumida en el sueño invernal. Aquí, en cambio el ambiente parece cargado de los perfumes de la primavera, y las Italianas, de ojos ardientes, cuidan de ahuyentar inútiles pensamientos de la lejana y fría patria.

En la ciudad del Vesubio reina el alborozo: Carlos VIII prepara su entrada triunfal. Eternamente veleidosa es la mujer en sus favores: Fernando el monarca legítimo, que tuvo que huir de su país, está ya olvidado, y las napolitanas se han adornado con sus mejores prendas y joyas para recibir como se merece al joven y galante rey de los franceses. Ventanas y balcones fulguran de seda y terciopelo, de brocado y encajes, de pedrería y perlas y más de una mirada preñada de promesas, más de una sonrisa animadora, saluda a los guerreros que pasan. Para que a los nórdicos soldados no les falte el valor para tomar por asalto las fortalezas, se han instalado ante las casas cántaros llenos de vino de Italia, manantial de fuego y vigor, de alegría y valentía, para que la soldadesca disfrute a sus anchas. ¿Quién propagó la farsa de que los hombres del norte son tímidos y toscos? Nada de ello es cierto. El vino corre a ríos, y como sucede y sucederá siempre, después de Baco, Venus. Oh ¡bella Napoli...!

Puede haber algo más agradable y encantador que esta campaña de

Italia? Vino, mujeres, y aromas de primavera, hoy mañana y todos los días. ¿Dónde está en realidad el enemigo? Ah, los cuatro gatos del Castell Nuovo y Castell dell' Ovo! serán fumigados cual molestos insectos. Los cañones empiezan su obra; el ronco tronar de las bombardas y el ruido de los arcabuces llega a los oídos como excitante acompañamiento de la embriaguez de fiesta que llena las calles de Nápoles.

El puñado de hombres que defiende cada fortaleza resiste tan valiente como los gruesos muros de Castell Nuovo, erigido en palacio real por los Anjou doscientos años antes. Más al fin y al cabo el hambre es el enemigo más terrible de todos los sitiados, no han pasado todavía dos semanas cuando ya se empieza a murmurar y maldecir por no haber encontrado provisiones suficientes. Es desesperante: en la ciudad los franceses nadando en abundancia, aquí incomunicados y contando con los dedos de la mano los días que puede durar aún el duro pan.

¿Qué debe hacerse primero cuando el hambre llama a la puerta? Todas las bocas inútiles y prescindibles se echan fuera. En la oscura noche se abre una puerta escondida del Castell por la que sale todo el acompañamiento superfluo de los sitiados: criados, prostitutas y mozas de soldado, así como todas las concubinas de los trescientos españoles que habían acudido a alistarse bajo la bandera de Fernando.

Los franceses no cabían en sí de júbilo. «El principio del fin» pensaban; y con razón, pues a las tres semanas de cerco, después de haber prometido a los sitiados el estipendio de tres meses y tantas sedas y brocados de oño como cada uno pudiera sacar del palacio, en pago de la capitulación, las puertas de la fortaleza se abrieron. La tropa de aquellos tiempos carecía de todo sentimentalismo: la mayoría de los defensores de ambos castillos, entre ellos también los españoles, se pasaron también a los franceses. Por

de pronto la guerra estaba terminada. Los insaciables guerreros que entre tanto se han hastiado de las napolitanas reciben con los brazos abiertos a las mujeres arrojadas de los castillos, confirmando el refrán, de que en la variación está el gusto.

V

Aparición de la peste venerea en los ejércitos franceses

«Nada hay tan insoportable como mucho tiempo de vida regalada». A ninguna clase le sienta tan bien este refrán como a la tropa; sobre todo a los ejércitos mercenarios de la Edad Media. El acariciador clima del mediodía, la liberalidad de las bellas napolitanas, el vino, el fácil triunfo sobre el puñado de gente dejada por el fugitivo soberano de Nápoles, todo ha trastornado la cabeza de la soldadesca del rey de los franceses. Crueldades y bestiales violaciones están a la orden del día. La simpatía del principio se va transformando en odio; a diario se oye hablar de franceses y suizos desaparecidos sin dejar rastro.

Al mismo tiempo llegan noticias de la proximidad de un gran ejército para la reconquista de Nápoles. Milán, Venecia, el Emperador Maximiliano y la corte de España se han aliado contra el rey francés.

La desgracia rara vez llega sola. Nuevos nubarrones de mal agüero empañan el cielo que hasta entonces había sonreído al campamento francés en la ciudad del Vesubio. Una enfermedad repugnante se declara entre la soldadesca de Carlos: la misma peste que azotó a Barcelona después de la vuelta de los descubridores de las Islas occidentales, la peste venerea. Al poco tiempo se sabe de donde proviene el mal: la trajeron al campamento las mujeres expulsadas por los españoles antes de la entrega de los castillos. ¿Ardid de guerra? ¿Enviarón los sitiados sus podridas mujeres a la ciudad para que envenenaran al ejército de Francia?...

El joven monarca no quiere creer

aunque su estrella empieza a palidecer. No han pasado tres meses de la entrada triunfal y ya los muros del antiguo Partenope contemplan la retirada de las legiones de Francia. Pero durante la marcha por Italia continúan las desenfadadas orgías, y la tropa sigue el ejemplo de su caudillo.

Entre la tropa, a cuyo acompañamiento pertenecía, según las costumbres gerrereras de entonces, un verdadero ejército de meretrices, se ha propagado con asoladora rapidez. Al retroceder hacia el norte, el apesadado ejército va sembrando por todas partes el veneno, y al poco tiempo toda Italia queda infectada. Los buenos tiempos acaban, las tropas aliadas amenazan seriamente al enemigo, el orden y la disciplina se relajan, y la retirada no tarda en convertirse en una fuga desordenada de bandidos bestializados que llevan el mal venereo sobre los Alpes, a Suiza, Francia y Alemania. Cual voraz incendio imposible de apagar, continúa la peste venerea, su horrenda marcha triunfal. De manera terrible persigue el nuevo azote a la

humanidad: «Los unos—así afirma un testigo—estaban cubiertos de la cabeza a las rodillas de una especie de sarna negra acompañada de terribles dolores, produciendo tal horror que, abandonados de todos los compañeros, anhelaban la muerte en la soledad; otros, tenían esta sarna en algunos sitios nada más, pero más dura que la corteza de un árbol, en la frente, nuca, garganta, pecho, nalgas, etc., y se arañaban furiosamente presos de los más violentos dolores. Había muchos que tenían todo el cuerpo cubierto de tal cantidad de ampollas y pústulas que su número era imposible determinar. A algunos les crecían en la cara, oídos y nariz gruesos tumores verrugosos que reventaban esparciendo horrible pestilencia».

El horror se apoderó de la Humanidad, y cuando de los 8000 suizos que marcharon a Italia con Carlos VIII apareció ante Berna el miserable resto de 840 hombres; la ciudad cerró sus puertas al puñado de apesadados, no permitiendo la entrada ni siquiera a los naturales de la ciudad.

Cómo entró al Cielo el primer Abogado

Apenas murió San Ibo, encaminóse al cielo y llamó en seguida a la puerta, pero San Pedro no se atrevió a abrirla, desestimando las razones del buen abogado.

—Todo lo que quieras—repetía el portero del cielo;—pero no puedo creer que, deba permitir la entrada a un abogado, ya que no sólo no se sienta ninguno entre los santos, sino que, muy al contrario, juraría que se hallan en el infierno todos los de tu oficio.

San Ibo no se desconcertó, antes bien, como buen abogado, tuvo tan buenas razones para desbaratar las de San Pedro, que éste le permitió fielmente entrar al cielo, pero con la condición de permanecer junto a la puerta.

El huésped entró tranquilamente y sentóse en el lugar que le indicó San Pedro, quien fué a participar a Nuestro Señor lo que ocurría.

¡Mal hecho! muy mal hecho, Pedro! contestó Dios, después que lo hubo escuchado.—Tenía intención de que ningún abogado entrase al cielo. Más, ya que está dentro, que se quede; sin embargo, procura que no se mezcle con los demás santos, de lo contrario acabará en el cielo la paz y la buena armonía. Haz que no penetre más acá de la puerta.

Mohino y cabizbajo, volvió San Pedro adonde San Ibo estaba, y le comunicó las ordenes dadas por el Señor. El santo abogado se encogió de hombros y a guisa de pasatiempo empezó a trabar conversación con San Pedro:

—¿Y qué cargo desempeñas en el Cielo?

—¿Qué cargo? Soy portero.

—¡Cómo! ¿Por cuánto tiempo?

—Para siempre.

—¡Ah! Vamos a perpetuidad. Entonces tendrás firmada alguna escritura—díjole San Ibo.

—No hay escritura ni cosa que valga, ni maldita la falta que hace—respondió San Pedro.

¿—Cómo que nó?

Imposible que no tengas ni siquiera un papel firmado. Pero... ¿No sabes, grandísimo inocente, que si el mejor día se le ocurre a Dios te destituye sin más ni menos del cargo que con tanto celo vienes desempeñando? ¿Y con qué contarás entonces para hacer valer los derechos adquiridos en tantos y tantos años?

El celeste portero entró a dudar, después de semejante lección práctica, sobre la conducta a seguir. Las palabras de San Ibo habían abierto en su espíritu una honda duda.

Por primera vez en su vida se animó a poner en tela de juicio la magnanimidad del Todopoderoso en quien hasta entonces había depositado la fe ciega de su alma sencilla,

pura y clara como el firmamento del Paraíso. Ya se veía en la calle, despojado de su puesto. Por otra parte, el temor de provocar una re-
crimination de Dios, le hacia vacilar ante las sugerencias de San Ibo. Pero las palabras de éste habían producido el efecto apetecido en el corazón de Pedro, que, después de larga deliberación, se rascó la oreja y, más mohíno que antes, fuese a hablar con Dios nuevamente.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que piensas, Pedro?—dijo el Señor.

—Que tendrías que firmarme una escritura en la que conste que soy el portero del cielo a perpetuidad, porque hasta ahora hemos dejado las cosas andar a solas; pero si el mejor día se os ocurre, me destituirás sin más ni menos del cargo que con tanto celo voy ejerciendo.

—¿No ves lo que decís? Todas estas mañas son de aquel abogadillo que tienes en la puerta y que ha sabido llenarte la cabeza. Anda, Pedro, corre y haz que éntre en seguida, pues prefiero tenerlo junto a mí, a que se esté en la puerta.

Y he aquí cómo entró al cielo el primer abogado.



Fachada de la Iglesia de Cot



Tipo clasico de las indigenas de Cot

El Libro y el Arbol

Cómo es esto, poetas, sabios, hombres de meditación, vosotros que amáis tanto los árboles, vosotros que soléis plantar con tanta solicitud, vosotros que os sentáis con tan sereno goce a su sombra; vosotros sois, precisamente, los que contribuís a destruirlos.

En efecto: una gran voz comienza a oírse en todas partes; el papel está matando al árbol. El libro es el enemigo natural del bosque.

Cuanto más libros, revistas y periódicos se publiquen, más inconsiderada ha de ser la tala, y no está muy lejos la visión horrible de un desierto sin fin, abrasado por un sol sin misericordia, en que la dulzura y el misterio de los antiguos paisajes umbrosos sólo han de ser posibles ya en los lienzos de los pintores y en las descripciones de los poetas.

Gracias al comercio cada día más gigantesco y avasallador del papel impreso, el desmonte avanza implacable. Las actuales selvas desaparecen una a una, la tierra va quedando desnuda de la verde cabellera que le formaron los milenarios y pronto será como una gran esfera erizada y escueta, en la que acabarán por empequeñecernos hasta las mismas colosales arrugas de las montañas, en virtud de continuos derrumbes, que se deben a la falta de humedad y de esa trabazón be-

néfica de raíces que detiene el humo benéfico.

Los grandes bosques desaparecen, y no ya para convertirse sólo en muebles mas o menos confortables y lujosos, sino en hojas... en hojas tenues que duran menos que las otras, verdes y trémulas en que cantaba el viento; en hojas impresas que viven sólo un día; a veces una hora y que luego se deshacen para siempre.

Así se van los árboles, los hermosos, los nobles árboles hospitalarios.

Y, cosa lamentable, ellos que han sabido durar siglos, no comunican tal duración a las hojas de papel que el hombre forma con sus fibras.

El proverbio árabe dice: que nadie debe morir sin haber tenido un hijo, escrito un libro y plantado un árbol.

Prescindamos en buena hora del hijo, si no somos bastante sanos para engendrarlo fuerte, del libro, si no somos bastante inteligentes para escribirlo bello y útil; pero en cambio, plantemos siempre el árbol y, si es posible, dos árboles más: uno por el hijo que no tuvimos, otro por el libro que no nos fué dado escribir.

AMADO NERVO.

Los diez mandamientos de la salud y de la larga vida

El primero madrugar como las aves.

El segundo no trasearse como los vagos.

El tercero bañarse diariamente en agua pura, y observar en todo escrupuloso aseo.

El cuarto hacer suficiente ejercicio al sol y al aire.

El quinto no tomar licor y huir de drogas y medicamentos.

El sexto no comer en el día sino tres frugales comidas a las mismas horas, y evitar cenas fuertes.

El séptimo dormir de siete a ocho horas con abrigo, en pieza seca, aseada y ventilada.

El octavo evitar la cólera, la precipitación y la tristeza.

El noveno emplear íntegro el día en alguna ocupación honrada, acorde con el estado, las aptitudes, la posición y las circunstancias de cada uno.

El décimo no hacer mal a nadie y prodigar todo el bien posible, para mantener tranquilo el corazón, y el alma alegre.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: huir de la ociosidad y del vicio y observar siempre la higiene corporal como la espiritual; para conservar el alma sana y el cuerpo sano, que es lo que constituye la felicidad posible en la vida.

CURIOSIDADES

La pereza

La ociosidad del espíritu es mil veces peor que la del cuerpo; el ingenio sin ocupación se vuelve una enfermedad, el moho del alma, una llaga, un infierno por sí sólo. Así como en un agua estancada pululan las lombrices y los reptiles inmundos, así se multiplican los pensamientos malos y corrompidos en una persona ociosa; el alma es contaminada... Más aún, aquellos que viven en la ociosidad, hombres o mujeres, sea cual fuera su posición, sean ricos, bien parecidos, dichosos, si fuvieren todas las cosas en abundancia, toda la felicidad, todas las dichas que el corazón pueda desear, mientras permanezcan ociosos, jamás estarán satisfechos. Sufrirán siempre en el cuerpo o en el alma; siempre estarán lánguidos, enfermizos, disgustados de todo; pasarán su tiempo lamentándose; el mundo entero les ofenderá, querrán huír de sí mismos o morir, o bien se dejarán llevar por cualquier idea absurda.

Lo que cuenta un dedo

El dedo gordo del pie puede decir importantes cosas sobre su dueño, incluso la edad, el carácter y la probable duración de su vida. Así lo asegura el doctor Hinterland, quien agrega que las indicaciones del dedo gordo son más exactas que las de la quiromancia, la frenología y el psicoanálisis. Las líneas que corren paralelas a la media luna de la base de la uña indican la edad. En las personas de uno a diez años, cada línea representa un año; en las de diez a veinte, cada línea neta representa dos años, y en las de veinte a treinta, tres años.

Después de los treinta años las líneas quinta línea más marcada que representa cinco años. Un dedo gordo largo es signo de un temperamento violento y precipitado.

En obsequio a la brevedad

Miguel Moya, el presidente de la asociación de la prensa de Madrid, con ese aficismo tan peculiar en él, refiere que un socio del Ateneo, muy viejo y muy mal orador, hablaba cierta noche—hace de eso bastantes años—de los varios sistemas filosóficos. «A las dos horas» de comenzado su discurso y cuando ya el auditorio, a pesar de su benedictina paciencia, no podía sufrir oración tan alta, exclamó el Ateneísta:

—Me falta mucho para concluir, para mí todos los filósofos tienen algo bueno. Si Sócrates abriera cátedra, le oiría. Si Platón explicase, le escucharía. Si Pitágoras me llamase, me callaría...

Al oír esto, uno de los oyentes no pudo contenerse y, ahuecando mucho la voz, gritó desde los bancos de la izquierda:

—¡Pitágoras lo llama!

Buen humor

—Caballero, acabo de llegar a esta ciudad y no conozco a nadie. ¿Querría Ud. decirme dónde puedo comer por un peso?

Sí, señor; en el restaurant de la Bruja.

—Muchas gracias. Y ya que es Ud. tan amable, ¿no quisiera decirme dónde puedo conseguir el peso?